

1. LA ALEGRÍA DE LA ESPERA

Esperanza, Madre Santísima, aquí me tienes, ante ti me presento con mi juvenil entusiasmo en esta tarde de cuaresma sevillana que ya presiente el cálido paisaje de callejuelas atravesadas por nubes de incienso y embriagadores aromas de azahares. Aquí estoy, para rogarte una vez más que me mantengas cobijada bajo tu manto y continúes insuflando en mí la fe que me dirige al Padre eterno, siempre cogida de tu mano. Aquí estoy para posar ante tus plantas mi corazón abierto, tintado en negro sobre estas páginas blancas donde garabateo sentimientos que hoy vengo a compartir con mis hermanos.

Mas, antes de empezar, tengo que confesarte algo. Sé que la cuaresma es un periodo para que los cristianos dediquemos gran parte de nuestro tiempo a la reflexión interior, a interrogarnos a nosotros mismos sobre si el camino que llevamos en la vida es el que Dios quiere que sigamos. Sé que la cuaresma es un tiempo para la oración sincera que nos acerca a Dios, para que tomemos conciencia del enorme sacrificio que Jesús realizó con su pasión y muerte para redimir al género humano del pecado, con su desbordante amor. Sé que la cuaresma es un tiempo para que nos acerquemos al que sufre y padece, para que aliviemos sus llagas originadas por la injusticia de una sociedad donde campa a sus anchas la marginación y el desprecio, la incomprensión y la oscuridad de los corazones, el sálvese quien pueda y la mirada altiva por encima del hombro, el oropel de la fe hueca y el egoísmo que todo lo corrompe.

Sin embargo, Madre de la Esperanza, no puedo evitarlo. Para mí la cuaresma es tiempo de alegría, de gozo ante la Pascua presentida de Cristo resucitado. Sí, vivo la cuaresma con la alegría de quien espera ver a Dios al final de sus días, pero de momento se emociona al verlo pasar bajo su balcón, racheando el paso, cargado con el madero. Vivo la cuaresma con el júbilo de quien espera ver en la gloria la dulzura de tu mirada, Madre, pero que sueña con los caireles de tus lágrimas al compás de unas bambalinas acariciando la cal de las fachadas. Vivo la cuaresma con la dicha de quien confía en el amor infinito de Dios pero que se entusiasma cuando un solo de corneta finaliza con un izquierdazo bien dado por cuarenta alpargatas al unísono. Sí, bendita Madre de la Esperanza, la Semana Santa es el renacer anual de mi alegría, la primavera que me renueva y me impulsa, la llama que ilumina el túnel de mi oscuro invierno, el alborozo que acaba con la monotonía en mi calendario.

Por eso, desde el momento en el que el miércoles de ceniza me acerco al sacerdote para que signe la cruz sobre mi frente mientras pronuncia "memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris", mi corazón comienza a agitarse. Ya solo pienso en lo que me gustaría sentir sobre mi hombro el peso infinito de mi Cristo de las Cinco Llagas, mientras le brillan los ojos de alegría a unas monjitas en Santa Paula al contemplar su bendita imagen al otro lado de la clausura. En que llegue el momento de volver a probarme la túnica para comprobar que no le hace falta retoque porque ya dejé de crecer. Ya solo pienso en subir las escaleras de la casa hermandad para recoger mi papeleta de sitio, esa que pone mi nombre junto al puesto que me corresponde en la cofradía. Ya solo espero que Antoñito termine de limpiar toda la plata, que no hay en Sevilla quien la deje más brillante ni más reluciente que él, y admirar el trabajo de los priostes al montar ese lujo de paso de palio que te cobija cada Sábado Santo, Madre de la Esperanza, para asombro de todos los que se acercan a verte. Quiero sorprenderme en cualquier esquina con la voz de un capataz que grita su "aestaé" delante de una parihuela de ensayo. Escuchar a lo lejos dorados sonidos de cornetas y seguir su estela por las calles como quien sigue a la estrella de oriente para encontrar el pesebre de esas melodías que me ponen los vellos de punta. Quiero disfrutar con el jolgorio de unos niños que suben y bajan una y otra vez, una y otra vez, la rampa del

Salvador, henchidos de alegría, como hacía yo cada año con mis zapatitos nuevos. Y sentir como el sol le va ganando minutos a la luna cada día hasta reventar de azahares la primavera.

Y por fin, despertarme una mañana de cielo resplandeciente, pintado de un azul que ni los pinceles del mismísimo Murillo fuesen capaz de plasmar. Sentir en mi estómago un revoloteo de campanas como el de la Giralda en días de gloria. Correr hacia el balcón, abrir las ventanas, respirar el aire fresco y saborearlo como quien ha estado prisionero todo un año entre recios muros. Pellizcarme las mejillas para convencerme de que no estoy soñando, de que es verdad, de que es cierto, que ha llegado el día, ese día que abre la vida al gozo deseado. Sí, se acabó la espera, ya solo queda abrir los sentidos y gozar lo que antes soñamos, por fin germinó la semilla. Ya es Domingo de Ramos en la bendita Sevilla.

2. SALUDOS Y AGRADECIMIENTOS

Reverendo Padre Director Espiritual, Hermano Mayor y oficiales de la Junta de Gobierno, hermanos y amigos todos.

Es de bien nacido ser agradecido, por eso y porque es de justicia, quiero agradecer a mi hermano y amigo Damián las cariñosas palabras que me ha dedicado en su presentación. Y, por supuesto, quiero agradecer a quienes han tomado la decisión de designarme para pronunciar este pregón, por la confianza que han mostrado en mi persona. Mi agradecimiento es aún mayor por ser la primera vez en nuestra Hermandad que una mujer ha sido elegida para realizar uno de los pregones propios. No es casualidad que haya sido ahora, pues esta es la Junta de Gobierno con más oficiales mujeres que ha habido nunca en la Historia de nuestra Hermandad. Ya falta menos para que tengamos una Hermana Mayor.

3. MEMORIA DE LA INFANCIA

El Domingo de Ramos es un día en el que la memoria nos trae siempre el recuerdo de las manos de nuestros padres a las que nos agarrábamos fuerte para adentrarnos en el alma de Sevilla. Sí, con mi vestidito nuevo, de estreno por supuesto, con mi pequeña melena ya alborotada a pesar del esfuerzo de mi madre para que fuera la muñequita más linda que pudiera admirarse, con mi ramita de olivo blandida como bandera de victoria, así, desembarcaba cada año en el corazón de la ciudad, con los ojos inundados de la luz nueva de la primavera, con la curiosidad abierta de par en par, dispuesta a corretear tras las palomas del parque que me acercaban con su vuelo blanco a las blancas capas de los primeros nazarenos. Así comenzaba la Semana Santa, con mi manita extendida deseosa de recibir el dulce regalo con el que saborear la espera de la llegada del primer paso, con mi boquita abierta de asombro al ver pasar a Jesús con sus manos prestas para acoger el sacrificio, con mi cabecita elevada en busca del resplandor de la Virgen que se asoma toda de blanco entre el verde de la foresta, con mis labios lanzando besitos a esa Virgen que nos enseña que nunca hay victoria en la guerra, que siempre es la paz la victoria.

Por el arco de triunfo de la puerta del Salvador entra en Sevilla Jesús aclamado por la algarabía infantil de las almas blancas de los niños, que revolotean en su entorno como querubines que dibujan en el aire la alegría de la pureza. “Dejad que los niños se acerquen a mí” dijo el Señor, y para cumplir con el deseo del Mesías Sevilla le hizo un paso que todos los niños desean ver. Un paso grande, hermoso, dorado resplandeciente, perfumado todo de claveles rosas, con una borriquito que camina al ritmo de cascabeles sobre una alfombra de plumas de sol y una palmera

que se mueve de costero a costero, donde un pequeñito Zaqueo se aferra a su tronco para ver de cerca al Hijo de Dios. Todos los niños quisieran ser Zaqueo y contemplar sin interferencia el rostro jubiloso de Jesús a lomos de un tierno y mimoso platero con ojos de azabache. Por eso unos imitan al pequeño hombrecillo subiéndose a los hombros de sus padres, otros trepan por las farolas, otros se encaraman a los naranjos, otros se aferran a las rejas de una ventana y otros utilizan las columnas de la catedral como pedestal, porque cualquier sitio es bueno para vitorear al Salvador, ese que nos abre el camino al cielo, sacrificado en la cruz por Amor.

Aunque parezca extraño, a mí los Domingos de Ramos me saben a chocolate. Cuando ya el sol comienza su declinar por el Aljarafe y la calle San Jacinto se inunda de terciopelos, con mi familia llegaba siempre a la casa de unos amigos que nos invitaban a ver desde su balcón la primera cofradía trianera que cruza el Guadalquivir cada Semana Santa. Para endulzar el tiempo de espera siempre tenían preparada una tarta que los niños devorábamos mientras veíamos pasar desde las alturas los largos tramos de nazarenos, entre risas y juegos con nuestros bigotes manchados de chocolate.

Al final siempre bajábamos a la calle para ver desde el suelo el desconsolado rostro de la Virgen de la Estrella. Es tan pálido el semblante de la Estrella que no sé si su cara es de marfil, de nácar o de alabastro, lo que sí sé es que su talle tiene la galanura de un nardo, no hay otra igual, es la Estrella más bella, la que siempre ilumina, la que ni el sol apaga, encaje de filigrana, diamante puro, divina Estrella de Triana.

La pandemia que hemos padecido ha provocado que en mis catorce y quince años no pudiese disfrutar de las cofradías en la calle, como todos hubiésemos deseado. Pero ya pasó. Ahora ha vuelto la alegría del Domingo de Ramos y el año pasado ya pude vivirlo con toda la intensidad de la juventud. Como han hecho antes generaciones y generaciones de sevillanos, con mis amigos marchaba de un lado para otro buscando una cofradía tras otra, con ganas de verlo todo, de saborearlo todo, de aprenderlo todo, de no perderme nada. Daba igual que mis pies empezaran a quejarse, lo importante era llegar a la Alameda para ver a la Hiniesta flanqueada nada menos que por Hércules y Julio César. Descubrir callejuelas por las que seguramente nunca había pasado pero que son el camino más corto para ver como despojan de sus vestiduras a Jesús camino del Arenal. Disfrutar de la belleza de Sevilla, clavel entreabierto que se despliega en la ribera del río, disfrutar de la luz incierta y genuina de sus calles, de sus fachadas recortadas por siluetas de nazarenos, de sus balcones que se abren de par en par para ver pasar a la rosa del Subterráneo envuelta en melodías de Tejera. Atravesar bullas imposibles para colocarme con tiempo suficiente en Caballerizas y asombrarme al ver pasar el palio de Gracia y Esperanza sin que roce un varal en la estrechez imposible de la calle.

Y buscar a la Amargura de vuelta a San Juan de la Palma. La Virgen de la Amargura no quiere escuchar lo que San Juan viene a decirle, su Hijo en silencio y despreciado camina hacia la muerte segura. La Madre no quiere oírlo, y aunque tuerce el rostro, y del rosa al lirio muda su hermosura, con el corazón quebrado de amor, no pierde su dulzura el llanto ensimismado de la Virgen de la Amargura.

4. CUENTO DEL RÍO

Me encanta pasear por Sevilla, en cualquier época del año, pero mucho más aún en primavera. Disfrutar de la luz de sus atardeceres con el sol escondiéndose a las espaldas de Triana, gozar del color de su cielo que ni una conjunción de zafiros puede imitar, acercarme a los naranjos en

flor y aspirar la suave y tierna fragancia de los azahares, sentarme en la orilla del río y mirarme en su espejo soñando con bajeles que se funden en el mar.

En uno de esos paseos junto al Guadalquivir de pronto sentí que me siseaban:

Chiss, chiss. Hola, soy yo quien te habla, el viejo Betis, el río Grande de Andalucía. Te noto abstraída, veo que disfrutas del placer de vivir en Sevilla. No es por echarme flores, pero esta ciudad no hubiese existido si no fuese por mí. Sí, créeme, si no es por mí no hubiesen llegado esos fenicios desde allende el Mediterráneo que empezaron a darle forma. Después han sido tantos los que han pasado por aquí dejando lo mejor de sus civilizaciones que llegaron a convertirla en la perla de Andalucía. No recuerdo en qué momento comenzó a duplicarse por la otra orilla, cuándo sucedió el nacimiento de Triana y empezó a llenarse de alfareros y marineros. Sí recuerdo el día que inauguraron el primer puente fijo que me cruzaba por las alturas. Ese puente que es un carrusel de alegría cuando llega la Semana Santa.

¡Cómo disfruto en Semana Santa! El Domingo de Ramos ya está lleno el puente de gente cuando Jesús de las Penas cruza para Sevilla sin mirarme siquiera, porque solo mira al cielo, humilde y sereno, con sus manos entrelazadas, buscando el consuelo mientras a los dados se juegan su túnica morada.

Y el Lunes Santo llega Jesús, el Soberano, ligero en su caminar, con el izquierdo por delante, pero cuando menos te lo esperas da un quiebro banderillero, se para y se mece de costero a costero, como un barco de vela navegando sobre mis aguas, mientras le dice al ufano Caifás, tú serás altanero pero yo soy el rey de los cielos.

Pero no te voy a engañar, cuando más disfruto es el Viernes Santo. Por la mañana temprano se empiezan a escuchar desde lejos las cornetas de Triana anunciando su vuelta al barrio, vienen detrás de un barco dorado que navega sobre el mar de cabezas de sevillanos y trianeros, dicen que lo llevan costaleros, pero yo creo más bien que son marineros del puerto camaronero, por lo bien que navega entre ese oleaje tan severo. Y detrás viene la capitana, la Esperanza de Triana, con su fortaleza de madre de bandera, es morena de la cava, su semblante sosiega y serena, y aunque la pena le atraviesa, nunca pierde la belleza su carita de azucena.

La última cofradía en pasar por aquí es precisamente la primera que se atrevió a cruzar mis aguas sobre el puente de barcas. La Virgen de la O, tímida y plena de gracia, la que dijo sí a Dios sin reserva ni condición, con su cara de rosa eterna y su mirada de bendición.

Pero antes que Ella, por aquí pasa Cristo crucificado. El Cachorro alza sobre la cruz su último aliento, su mirada se nubla y se vuelve cenicienta, su nariz se afila, su barbilla se alarga y el sudario se agita entre sus caderas, el dolor le oprime, mas no sucumbe, aguanta en su costado el aire que le insufló Triana, es una lección de vida, valiente, no pierde la batalla, invicto siempre. El Cachorro nunca en Sevilla muere, no le alcanza la guadaña, siempre a Triana vuelve, a vivir en sus entrañas.

Después de que el río me contase todo esto, saqué de mi cartera la foto que siempre llevo conmigo de nuestra Esperanza Trinitaria, mientras le decía:

A esta preciosidad de Virgen no la has visto nunca. Mira qué bonita es. Su nombre es Esperanza, como la que te atraviesa cada madrugada de Viernes Santo, pero esta vive al otro lado de Sevilla, en la Trinidad, allí donde las trianeras Justa y Rufina sufrieron martirio, a las afueras de la antigua puerta del sol. Fíjate bien, es la misma esencia de la dulzura, ni los lirios blancos de mayo ni las primeras violetas de abril pueden compararse con ella. Su rostro de porcelana es limpio y

transparente como gota de rocío que resbala por los pétalos de una rosa temprana. Su color es como el de la luna dormida sobre tus aguas tranquilas, Guadalquivir, como el de las perlas nacaradas que asoman en las aguas del mar en calma. Sus ojos son la envidia del lucero del alba, embriagadores como la aurora boreal en una noche de paz infinita. Su mirada ensimismada te acoge y sosiega como el canto del viento en el trigo ondulante. Su boca entreabierta al dolor y a la pena es un suspiro de jazmín en primavera. Sus finos labios tintinean como la escarcha sobre la fresa escarlata. La gracia del hoyuelo de su barbilla es la alegría que acalla la tristeza. La Virgen de la Esperanza es la dulzura del perfume de los valles en flor, es la gracia infinita de la última sonrisa, es la luminaria del amor de Dios, un sueño de ruiseñores, un sol de bondad, la mayor de las bellezas, la verdad que adoro, la soberana alteza, la dulce estrella de oro.

El río me contestó: Está muy lejos la Trinidad, desde allí me llegaban las aguas del Tagarete. Sé que es muy difícil, pero nada es imposible si se puede soñar, traedme alguna vez a esa Virgen que enamora, que yo la vea, quiero servirle de espejo, de aquí no me muevo, que cierren la esclusa para siempre, que no me voy a Sanlúcar sin reflejar en mis aguas a esa Esperanza de azúcar.

5. LAS TRADICIONES

La Semana Santa sevillana está llena de tradiciones. Las tradiciones son ritos y costumbres conservadas por transmisión de padres a hijos, de abuelos a nietos, dignas de constituirse y mantenerse de generación en generación, a fin de que se conserven, se consoliden y se adecuen a nuevas circunstancias. Las tradiciones nos unen con nuestros antepasados, mantenerlas es conservar su memoria entre nosotros. Es cierto que unas lo son desde hace muchísimo tiempo, tienen solera y mucho poso. Otras, sin embargo, son más recientes, sin tanto arraigo, con menos tiempo de solidificación, pero que al cabo de los años, también pueden convertirse en tradiciones ancestrales. Todas tienen su inicio en algún momento, es el sevillano el que acaba o no otorgándoles dicho título.

De las tradiciones de toda la vida, hay una que me encanta y que pienso aportar mi granito de arena para que siga viva y se mantenga en el tiempo. Me refiero a la tradición de la mujer vestida de mantilla. Desde pequeña he visto cada Jueves Santo a mi madre vestirse de mantilla. No es por ná, pero tengo una madre magnífica, una madre que tiene un corazón desbordante, una bondad inagotable, una sabiduría admirable, una fortaleza inquebrantable y por la que le doy gracias a Dios todos los días de mi vida. Y además de todo eso es guapa pa reventar, tiene unas hechuras de andaluza de bandera que no se puede aguantar, una mirada brillante que te atrapa y embelesa de manera que del fondo de sus ojos no hay quien se pueda escapar, y una sonrisa de fantasía que es delirio y desatino, tanto que estoy segura de que con ella construyó San Pedro la bendita entrada a la gloria. Así es de natural, pues si la ven vestida de mantilla, entonces ya quita tós los sentíos. Siempre la tengo de modelo y desde siempre he querido imitarla, por eso tengo unas ganas enormes de vestirme con ella de mantilla. Sabedores de mis deseos, los reyes magos, que todos sabemos quiénes son, me han traído todo lo necesario. Estoy deseando de que llegue el Jueves Santo y con mi madre empezar a arreglarnos, a peinarnos con un moño bien ajustado, a maquillarnos con discreción pero con elegancia, a colocarnos los vestidos de negro luto, a ponernos las peinas bien sujetas, a acomodarnos las mantillas con todas las horquillas que hagan falta, a coger los pequeños bolsos y los rosarios de plata y nácar, y con nuestros zapatos de tacón a pisar las calles de Sevilla, por eso este Jueves Santo, para continuar la tradición, este año yo, me visto de mantilla.

Y así, de esta guisa, como han hecho las mujeres de Sevilla desde no se sabe cuándo, el Jueves Santo por la mañana nos encaminaremos hacia la plaza de San Lorenzo. De los barrios extremos, de toda Sevilla llegan mujeres y hombres que se presentan ante Jesús del Gran Poder para musitar sus oraciones. Para el forastero, será siempre un misterio este movimiento impulsivo de nuestro pueblo hacia el Señor de Sevilla. Es una fe ciega, indestructible, en este Jesús extraordinariamente poderoso, símbolo a la vez de la fortaleza y el dolor, un dolor vivo, lacerante, pero, sobre todo, triunfal.

Por las calles donde la vida estalla, con el calor de la primavera en la piel, llegaremos a San Gil, al cuartel de la centuria bética, para admirar la explosión de sol y de celestial armonía que es la Virgen Macarena, fino coral de malvasía, que al corazón enajena, con su carita de ambrosía y su derroche de gracia plena.

Hasta el Santuario del Señor de la Salud y la Virgen de las Angustias llegaremos con el espíritu inquieto, impaciente ante la madrugada de luna de pareceve que estamos por vivir. El Señor de los gitanos tiene la piel morena de los Heredia, de los Ortega, de los Vargas, de los Montoya, esa piel amasada de aceituna y sangre antigua, esa piel tostada por el sol que nace en Oriente y viaja hasta ponerse en las tierras de la Baja Andalucía, esa piel ajada por el aire de fuego de los campos de secano y de las fraguas a compás, esa piel surcada con el sudor y el llanto del que sabe de penas y fatigas, de angustias, pero sin perder nunca la alegría de la esperanza. Como los gitanos, el Señor de la Salud no para nunca su caminar, no importa los lances que haya que sortear, las duquelas que haya que padecer, caminando siempre de frente, aunque sea con pasitos muy cortos, que casi ni se perciben, por muy dura que sea la carga, sin doblarse nunca, porque su camino es un camino de esperanza.

Por eso cada Sábado Santo la Esperanza viene a ver al Señor de los Gitanos. La lucha cotidiana de los calés, desde los tiempos más remotos, solo es posible si se vive en la esperanza. Ese fue el motivo por el que llegaron desde Triana, desde el Pópulo, desde San Estaban y desde San Nicolás en su éxodo sevillano, a recalar por fin cerca de nuestra Esperanza. Cuentan los más antiguos de la Hermandad que cuando pasábamos de vuelta por San Román allí se armaba la tremolina. Aquello era un vergel de contento y alegría. Desde balcones y azoteas, saetas a porfía iban y venían, los pasos por la ojiva de la iglesia se entremetían, el del Cristo de las Cinco Llagas hasta que la cruz se lo impedía, y la Virgen de la Esperanza en su palio blanco hasta donde los angelitos de sus varales decidían, mientras los flamencos en sus coplas cantaban: “nadie te puede igualá, ni a elegante ni a bonita ni a fina ni a delicá, flor de esperanza bendita, reina de la Trinidad.”

Después de este paseo azul de mañana de Jueves Santo, volveremos a casa a darle un descansito a los pies, que lo estarán pidiendo seguro, y a reponernos un poco. Aunque es tiempo de espinacas o de garbanzos con bacalao, espero que tengamos en casa el mejor de los manjares posible, el que de seguro me recompone el cuerpo para continuar por la tarde con la visita a los sagrarios, ese alimento hercúleo no es otro que el puchero de mi abuela. Sí, el puchero de mi abuela resucita a un muerto. Los evangelios no lo dicen, pero estoy convencida que lo primero que tomó Lázaro después de su corto viaje a los avernos fue... el puchero de mi abuela.

Perdonen la irreverencia, pero si ustedes lo hubiesen probado entenderían la veracidad de mi aserto. Y, por si fuera poco, ya hasta salivo pensando en el postre, ese postre por antonomasia de la cuaresma y la Semana Santa, una de esas torrijas que no tienen parangón. ¿Las de la Campana? ¿Las de Ochoa? ¿Las de los Ángeles? No. A que ya se imaginan quién hace las mejores torrijas que saborearse pueda. Efectivamente, las mejores torrijas... las de mi abuela. Deberían

estar consideradas patrimonio mundial de la humanidad. Ojalá que estas tradiciones culinarias que tanto han cuidado nuestros mayores no se pierdan, que se mantengan de generación en generación.

Por cierto ¡Cuánto tenemos que aprender de nuestras abuelas y de nuestros abuelos! Y no me refiero solo a su buen hacer en las cocinas. ¡Qué nivel de sacrificio, de esfuerzo, de dedicación tuvieron siempre nuestras abuelas y nuestros abuelos! Sin apenas posibilidades, en una época en la que había que aviarse con muy poquito ¡cómo lucharon para sacar a sus familias adelante! ¡Cómo supieron entregar sus vidas para que la de sus hijos y sus nietos fuesen mucho mejor que las suyas! ¡Cuánto tenemos que agradecerles! Nuestras abuelas y nuestros abuelos, con su esfuerzo, con su dedicación, con su entrega desinteresada, sí que fueron capaces de comprender el mensaje de Nuestro Señor, que no hay amor sin sacrificio y que no hubo sacrificio mayor que el de Cristo clavado en la cruz por amor.

6. VIDA DE HERMANDAD

Hace ya unos años que llegué a nuestra hermandad. Las circunstancias de la vida y el magnetismo del rostro de la Esperanza me acercaron hasta aquí. Podría haberme decantado por cualquier otra hermandad, sin embargo, no sé por qué, pero estoy convencida de que fue nuestra Madre de la Esperanza quien tocó en mi interior los hilos necesarios para que decidiera quedarme aquí. Y la verdad es que no hay mejor sitio para estar que bajo el manto de la Esperanza.

Pronto me integré en el Grupo Joven, conocí a buena gente, a buenos hermanos, que me fueron enseñando los entresijos de la Hermandad. Comencé a participar en los cultos, a asistir a convivencias, a ayudar en la priestía, a colaborar en las acciones sociales, a compartir experiencias. Me enseñaron que todo hay que hacerlo con amor, con espíritu de servicio a los hermanos, porque ese es el camino para estar más cerca de Dios. Y todo ello, siempre, bajo la mirada protectora de la Virgen de la Esperanza, a la que le cuento mis cuitas de adolescente.

Poco a poco me fui imbuyendo del espíritu trinitario de nuestra hermandad. Un espíritu que también está impregnado de la alegría salesiana de Don Bosco, nuestro Titular. Él aconsejaba a los jóvenes a estar siempre alegres y que no dejaran escapar nunca una ocasión para hacer el bien. Sigamos estos consejos y construyamos entre todos una hermandad mejor, llena de buenos cristianos, de buenas personas. Para ello cuidemos a los jóvenes que se acercan a la hermandad, desde el primer momento en que pisen esta centenaria capilla, sean quienes sean, se llamen como se llamen y vengan de donde vengan. Porque como Don Bosco también decía: “los jóvenes no sólo deben ser amados, sino que deben notar que se les ama”. Así construiremos con solidez los cimientos del futuro. No lo olvidemos, los jóvenes somos el futuro, sin jóvenes no hay futuro y sin futuro no hay esperanza.

7. EL AMOR DEL PADRE

Fueron mis hermanos del grupo joven quienes me explicaron el sentido del paso del Sagrado Decreto. La verdad es que no me pareció tan complicado de entender como dicen algunos capillitas ilustrados de poco pelo.

El paso del Sagrado Decreto representa el amor de Dios. Nada más y nada menos. Dios Trinidad: Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios, como recitamos en el credo. Es un misterio de fe, por eso aparece representada en el paso la figura alegórica de la fe. Dios Padre nos ama tanto que es capaz de enviar a Dios Hijo al mundo para que con su pasión, muerte y resurrección redima al género humano del pecado. Por eso la cruz que porta Dios Hijo descansa sobre la bola del mundo, simbolizando cómo con ese instrumento de sacrificio se establece el poder del Salvador sobre toda la humanidad. La llegada de Dios Hijo al mundo supuso el despertar de esa Iglesia, esa religión, que se había quedado dormida, anquilosada, sin capacidad de transformación, y así aparece en el paso la figura alegórica de la iglesia dormida, esa iglesia anterior a la llegada del Mesías. Una Iglesia que se transforma y crece con la sangre derramada de Jesucristo, hasta extenderse por todo el mundo Una iglesia triunfante que se representa con los cuatro grandes padres de la Iglesia: San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín y San Gregorio. Para que no se nos olvide que lo que se representa en el paso es un misterio de amor, aparece la figura de un pequeño angelito, un amorcillo, disparando un dardo al costado de Jesús, simbolizando que el sacrificio que hizo el Hijo de Dios fue realizado por amor. Y en la delantera del paso el arcángel San Miguel lanceando al pecado, impidiendo que se acerque a la divinidad, evitando que el mal pueda alterar el plan de salvación que Dios había designado por amor.

Entiendo que este paso sea muy difícil de comprender para aquellos que no conocen el amor. Sin embargo, es muy fácil de entender para quienes tenemos la fortuna de experimentar el amor de un padre. Gracias a Dios tengo un padre que es todo amor hacia mí, por eso comprendo muy bien cómo un padre puede hacer cualquier sacrificio por amor a sus hijos, porque lo experimento cada día. Mi padre no solo me quiere, sino que hace que me sienta querida en cada momento. El amor de mi padre me ayuda a ser mejor persona cada vez. Mi padre, cómo el arcángel, se encarga de alejar de mí todo el peligro que pueda acecharme. Por eso mi padre, sin pretenderlo siquiera, hace que comprenda muy bien lo que representa el paso del Sagrado Decreto. Sí, los que tenemos la fortuna de sentir cada día el amor de un padre como el mío sabemos de qué es capaz el amor infinito, constante, imperecedero de Dios por todos sus hijos, por cualquiera de ellos, por todos nosotros, capaz del mayor de los sacrificios, siempre por amor, todo por amor.

Trinidad Santa de amor en que vivimos, peregrinos del amor tus siervos somos, adoradores de verdad sin ver tu rostro, en ti creemos, nos movemos y existimos. Una gloria, un amor, una alabanza, una esencia divina compartida. La gracia de tres personas divinas ofreciéndole al mundo la esperanza.

8. CRISTO DE LAS CINCO LLAGAS

Para comprender hasta dónde llega el amor de Dios solo necesito contemplar tu rostro, Cristo de las Cinco Llagas. Ante ti me arrodillo y en tus manos pongo mi alma.

Cristo de las Cinco Llagas, ayúdame a dejar a un lado las prisas, las preocupaciones que llenan mi cabeza, barre mis dudas e inseguridades. Ya sabes que me tienta la incoherencia. Hablar mucho y hacer poco. Me tienta ser el centro del mundo. Que los demás giren a mí alrededor. Que me sirvan en lugar de servir. Me tienta la falta de compromiso. Es más fácil pasar de largo que hacer el bien. Me tienta la falta de sensibilidad, no tener compasión. Acostumbrarme a que otros sufran y tener excusas que me conforman. Ver las noticias sin indignarme por la ausencia de justicia y la falta de solidaridad. Me tienta el tener tiempo para todo menos para lo

importante. Y lamentarlo, pero no hacer nada para cambiarlo. Me tienta el dejarlo para mañana, cuando hay que empezar a cambiar hoy.

Cristo de las Cinco Llagas, ayúdame, para que tu palabra no sobre en mi mochila, para que pueda conocerte mejor, para que mi caridad florezca con sencillez, para que mi oración brote como un rayo de sol entre las nubes y, sobre todo, para que nunca deje de buscarte. Transforma mi mirada para que sepa ver el amor escondido, para que intuya las posibilidades de paz, de concordia y de justicia. Hazme alguien comprometida con mi mundo.

Cristo de las Cinco Llagas dame coraje para perseverar cuando el camino se haga difícil. Dame paciencia para sobrellevar los obstáculos sin rendirme. Dame ilusión para seguir creyendo cuando me quede sin apoyos. Dame manos para acariciar, pies para caminar, palabra para cantar, siempre a favor de un mundo mejor.

Cristo de las cinco llagas, que fuiste crucificado por nuestra salvación, que presentas por mí tus llagas al Padre, con las que me ofreces toda tu gracia y con las que me muestras el camino al cielo. Escóndeme dentro de tus llagas benditas, fuentes de agua de vida eterna, pregoneras de tu amor inmenso. Que tus llagas sean mi refugio, mi fuerza y protección contra todos los males del alma, escóndeme y guárdame en ellas, como prisionera de amor.

Cristo de las Cinco Llagas, tú que te entregaste por mí en la cruz, tú que me enseñas qué es el amor, no me abandones en la pesadumbre. Aunque a veces te esquive la mirada, y a tu pecho alcance mi lanza, continúa tallando mi alma, para que en ella siempre alumbre, el brillo de tu esperanza.

9. SÁBADO SANTO

Por fin, tras una cuaresma intensa y vibrante, tras una Semana Santa plena de belleza y emoción, llega el Sábado Santo.

Por muy cansada que esté después de toda una semana de no parar, de caminar mil veces las calles de Sevilla, el Sábado Santo me despierto temprano. Lo primero que hago es levantar la persiana de mi habitación para ver el azul del cielo y comprobar que no hay nada que pueda oscurecer mi ilusión. Atraída por un imán poderoso me dirijo por la mañana a la Hermandad. Cuando me voy acercando a la Trinidad se aprecia un bullicio nervioso por las inmediaciones, no es un día cualquiera, es un día especial y se nota en el ambiente. Me cruzo con personas cuyos rostros me son conocidos, son gente del barrio de toda la vida que ya vienen con el lacito verde en la solapa después de haber visitado un año más a la Esperanza. Al llegar a la Basílica y entrar en la capilla, me abro camino entre la gente para mirar de frente a la Esperanza, entronizada en su paso de palio. Allí, como si estuviésemos Ella y yo solas, le doy gracias por estar un año más, un Sábado Santo más, a su lado, dispuesta a acompañarla en su paseo anual por la tierra de María Santísima, a darle gracias por todo lo que Ella y yo sabemos.

Terminada mi cavilación empiezo a gozar y a disfrutar de la belleza del conjunto. ¡Qué hermosa la Esperanza en su paso de palio! ¡No se puede estar más bonita! Admiro una vez más la elegancia de los bordados, desde los que cuelgan de sus bambalinas hasta los de los faldones que esconden sus andares, me entretengo en distinguir los elementos de la pasión que porta cada angelito de sus varaes, recorro alrededor cada una de las capillitas de sus respiraderos, descubriendo nuevos detalles de todas las Virgencitas que conforman una letanía de gloria para la Esperanza. Aspiro el aroma de las flores que envuelve el conjunto en una invisible burbuja de

bálsamo. Y compruebo como cada vela está colocada en la vertical perfecta para abrir el camino a la luminaria celestial de las pupilas de la Esperanza, adonde inevitablemente se vuelve a dirigir mi mirada. Extasiada, vuelvo en mí cuando algún hermano llama mi atención para compartir su alegría y su sonrisa conmigo, y, en medio del trocito de cielo que es esa calle abierta entre los pasos del Sagrado Decreto y del Cristo de las Cinco Llagas, elevamos nuestras plegarias por encima de las bóvedas. Tras comprobar el lugar que ocupa mi nombre en la lista de la cofradía, inflamada de espíritu trinitario, me vuelvo a casa rebosante de emociones.

Con el corazón palpitante vuelvo a revivir el momento de vestirme de nazarena. Cada año es como si fuese la primera vez, el mismo escalofrío al sentir la túnica sobre mi piel, el mismo cosquilleo por el estómago, los mismos sentimientos, aunque cargados de más recuerdos, los mismos retoques a la vestimenta por las amorosas manos de mi madre y la misma ternura de su beso antes de salir a la calle para volver a la Trinidad, a confundirme con mis hermanos nazarenos a la espera de que se forme la cofradía. Recuerdo el frío de la plata percibido el año anterior por primera vez al coger el banderín de la juventud y sentir en mis brazos el peso de siglos de historia trinitaria.

Las puertas del templo se abren, la luz cegadora recorta la silueta de la cruz que nos guía hacia la gloria de una ciudad que parece volverse inmaterial, evanescente, para acoger a Dios entre sus calles. Los nazarenos de la Trinidad comenzamos nuestro caminar como peregrinos del amor, la bondad y la esperanza, formando un tapiz de cruces rojas y azules sobre fondo blanco con ribetes negros, para que el Espíritu de Dios, con sus llagas abiertas, se deslice por las venas de la ciudad y se asiente en su corazón.

Cuando el paso de palio llegue a la Campana, se abrirán los balcones del cielo desde donde se asoman los hermanos trinitarios que ya alcanzaron la gloria. Allí estará este año Ricardo, ofreciendo sus manos para ser uno más de los que desde las alturas derraman pétalos de amor sobre la Virgen de la Esperanza, que deja caer sus lágrimas de consuelo sobre los que aquí quedamos, siempre agradecidos a quienes nos precedieron.

Cuando la tarde se apaga y la luna se asoma desde la Giralda, la cofradía inicia la vuelta a su barrio. Por la cuesta del Bacalao los costaleros del Sagrado Decreto acompañan melodías cigarreras para mostrar a todo el que lo quiera ver cómo se mueve un paso en Sevilla, con gracia y con poderío, con elegancia, con el arte y la grandeza de unos corazones que se fijan al trabajo sin que se mueva un ápice la verticalidad de su devoción, costaleros de tronío, que levantan al cielo oraciones en chicotás de sentimiento y emoción.

Decía el poeta que “viene por la calle sol y por calle sol no cabe”. Con el tiempo, la calle aún fue estrechándose más. El Cristo de las Cinco Llagas sabía del deseo de su bendita Madre de volver a recorrer, aunque solo fuese en parte, esa calle de antiguos vecinos trinitarios que esquivaban las trampas de la vida con naturales de arte, para recordar aquellos piropos que le lanzaban desde detrás de las rejas de ventanas y balcones con el acento de la verdad. Para alegrar a la Madre de la Esperanza, el Cristo de las Cinco Llagas abrió una nueva vía que más que calle es todo un paseo rutilante por el firmamento sevillano que lleva desde la antigua calle de la luna hasta la vieja calle del sol, para que el lucero más radiante coronada de estrellas de salvación reparta su esperanza por los zaguanes y los patios en flor. Un destello de su luz abre camino, la reina de la hermosura viene ganando la calle entre mecías de ensueño. Viene por la calle sol y por calle sol sí cabe, porque así lo quiso Dios, para que todos la alaben, y vuelva a renacer, como un suspiro en el aire, el bello amanecer de su gracia y su donaire.

Y al fin, termina mi estación de penitencia. El paso del Sagrado Decreto y el del Cristo de las Cinco Llagas ya reposan sobre las baldosas blancas y negras del suelo trinitario. En todas las iglesias ya alumbraba el fuego de la Pascua, Jesús ha resucitado.

Cansada, pero alegre, con mis pies doloridos y mi espalda quejosa, pero con la sonrisa de punta a punta en mi cara, feliz por la experiencia vivida, por haber acompañado una vez más a mis titulares por las calles de Sevilla, espero ansiosa ver llegar a la Esperanza. Siguen entrando nazarenos, ya llegan los de cirios verdes y las medallas doradas. En el callejón suena la música y desde dentro de la iglesia ya se escucha el tintineo de las bambalinas. Ya está ahí, la sombra del paso de palio se recorta en el muro del colegio, y por fin aparece en el arco de medio punto de la puerta de la iglesia. Es el instante deseado, el momento más esperado, ese en el que mi mirada se vuelve a cruzar con la de la Virgen de la Esperanza, que se muestra de frente al interior del templo, para dejar ver su carita de gloria a todos sus hijos que la esperan impacientes.

Al cielo se levanta el paso, la música envuelve la noche en un misterio de melancolía, la Virgen se gira y entra en la iglesia, ofreciendo su verde manto para refugio cierto de acogida a todos los que allí nos encontramos.

Retumban los cimientos de la basílica en la última levánta. La Virgen camina de espaldas hacia su capilla mientras en ella fijamos la mirada. Solo en ella, todo en ella. Y al posarse definitivamente en el suelo, de emoción todos los corazones se inflaman.

Madre bendita, eres mi Auxilio y mi Esperanza, belleza de aurora florecida, estrella de la fragancia, doncella de mirada cristalina, cetro de pureza, dulzura y realeza. Señora de la Esperanza tú eres quien llena de ilusión mi vida, luz resplandeciente en mi caminar, fuente inagotable de alegría.

Llevas escrito en tus ojos, Esperanza, que eres rosa nunca marchitada, que eres bella saeta de alabanza, que eres luz cuando el sol se torna en tiniebla. Llevas escrito en tus ojos, Esperanza, que eres revelación divina, que eres calma para el alma inquieta, que eres camino a la felicidad completa, que eres humildad y esencia.

Cómo no quererte, Esperanza, si eres poesía sagrada, si eres la Madre Inmaculada, si en la desesperación eres mi ancla, si eres incondicional certeza, si eres mensajera de vida eterna. Cómo no quererte, Esperanza, si eres la promesa que salva, si eres triunfo ante la muerte, si eres la vida siempre renovada, si eres la gracia santificada, si eres pasado, presente, e imperturbable mañana. Cómo no quererte, Esperanza, si tu figura es airosa como la rosa temprana, si es tu boca como la media luna clara, si son tus lágrimas promesas por el cielo sevillano derramadas, si son tus manos caricias talladas por los querubines que te coronan soberana.

Esperanza, tú eres mi baluarte, la joya de mi joyero, perla de las maravillas, del cielo el mejor lucero, faro de mis tempestades, amor de madre certero, calma de mis ansiedades, luminaria en mi sendero, eres mi paz y mi calma, mi bastón y mi asidero, eres reina y soberana, eres timón de mis sueños. Y aunque la nostalgia me domina porque ahora todo se termina, no es así, tú eres mi confianza, y sé que nada acaba porque todo empieza en ti, Esperanza.